

[cubierta](#)

[índice](#)

[salir](#)



UNIVERSIDAD DE JAÉN

LENGUA, LITERATURA Y GÉNERO

X Simposio Internacional de la Sociedad Española
de Didáctica de la Lengua y la Literatura

EDITORES:

FRANCISCO GUTIÉRREZ GARCÍA

JUAN LUIS LUENGO ALMENA

DAVID MAÑERO LOZANO

MARÍA MERCEDES MOLINA MORENO

LOURDES RUIZ SOLVES

MARÍA ISABEL SANCHO RODRÍGUEZ

colección actas

Indice

1. Presentación	8
2. Conferencias	17
• Aurora Marco López: <i>Revisiones y reescrituras de mitos femeninos</i> ..	18
• Mercedes Bengoechea Bartolomé: <i>Lo femenino en la lengua: sociedad, cambio y resistencia normativa. Estado de la cuestión</i>	49
• Eulàlia Lledó Cunill: <i>Épica y lírica de la maternidad</i>	94
3. Mesa redonda:	122
• <i>Políticas de Igualdad</i>	123
4. Talleres:	159
• Arturo Delgado Cabrera: <i>Tipos de mujer en la literatura del XIX</i>	160
• M. ^a Ángeles Perea Carpio: <i>Lengua, literatura y género. Materiales curriculares para la igualdad en ESO y bachillerato</i>	173
• M. ^a Gracia Moya Méndez:	
- <i>Una visión igualitaria de la literatura infantil</i>	215
- <i>Una propuesta educativa para la igualdad de género: "Jugamos juntos, crecemos juntos"</i>	229
• Ana Gómez Delgado: <i>Vivir del cuento. De las sombras chinas al kamisibai japonés</i>	238

5. Comunicaciones.....	247
5.1. Lenguaje, sexismo y educación	248
• Francisco Fernández García: <i>Lenguaje, discriminación sexista y educación: el papel del análisis crítico del discurso</i>	249
• Iria Barcia Sánchez: <i>Los estereotipos de género en el lenguaje cinematográfico de Pedro Almodóvar</i>	268
• M. ^a Cinta Portillo Vidiella: <i>Conflicto identitario entre existencia social femenina y presencia en el lenguaje</i>	279
• Antonio Manzanares Pascual: <i>La cuestión clave: «Pero, ¿es o no es la lengua sexista?»</i>	304
• Rosario Millán Garrido: <i>Sexismo en la complejidad del lenguaje</i>	323
• Alicia Roffé Gómez: <i>Género y argot en español y en francés</i>	335
• Enrique Barcia Mendo: <i>Algunos aspectos relacionados con la misoginia y el origen de los estereotipos sobre las mujeres en los cuentos populares</i>	347
• Antonio Díez Mediavilla y Jaime Mas Ferrer: <i>Paremiología y escuela: usos sexistas y discriminatorios en el refranero español</i>	365
• María D. Pérez Murillo: <i>¿Sexismo en los libros de texto y/o en la mediación que el profesorado hace de ellos?</i>	381
5.2. Didáctica de las habilidades lingüísticas y educación no sexista.....	393
• Juana Rosa Suárez Robaina y M. ^a Teresa Cáceres Lorenzo: <i>El uso de textos de la Literatura de tradición oral en el desarrollo de la competencia comunicativa</i>	394
• M. ^a Teresa Fleta Guillén y M. ^a Luisa García Bermejo: <i>Escribir y contar cuentos: actividades de creatividad para tod@s</i>	420
• Javier Villoria Prieto, M. ^a Mercedes Molina Moreno y José Luis Ortega Martín: <i>Gender and literary reading in the foreign language classroom</i>	427

• Plácido Bazo Martínez y Marcos Peñate Cabrera: <i>El género en los libros de inglés de primaria: el caso de "Cool kids"</i>	440
• Patricia Arnaiz Castro y Marcos Peñate Cabrera: <i>El texto escrito en el aula de inglés de primaria: ¿qué prefieren los niños y qué prefieren las niñas?</i>	450
5.3. Crítica literaria e identidad femenina	464
• Alberto Manuel Ruiz Campos, Beatriz Hoster Cabo y M. ^a José Lobato Suero: <i>Aproximación a la imagen de la mujer en los álbumes de Anthony Browne</i>	465
• José Luis Correa Santana y Ángeles Perera Santana: <i>Ni tan bellas ni tan buenas: el canon de belleza en la literatura infantil</i>	481
• Concepción Bados Ciria: <i>Los cuentos de hadas desde una perspectiva de género: la ironía como artificio subversivo</i>	494
• Eva Lara Alberola: <i>Brujería e identidad femenina. Panorámica general</i>	509
• Miquel Àngel Oltra Albiach, Rosa M. Pardo Coy y Alícia Santolària Òrrios: <i>Alicia en la literatura valenciana actual: de Carroll a Alapont y Mínguez</i>	526
• Noelia Ibarra Rius: <i>De princesas, brujas y niñas que no son lo que parecen: una aproximación a la obra de Carlo Frabetti</i>	546
• Yolanda Ortiz Padilla: <i>Las mujeres que caminan por los versos de Manuel</i>	562
• Rosa M. ^a Cano Valles: <i>Offred y Cassandra: palabras para el futuro, líneas de eternidad</i>	583
• M. ^a de los Reyes Nieto Pérez: <i>La mujer fuerte. Análisis de la figura femenina en La Celestina</i>	594
• Rosario Puertas Barranco y Ana Navarro Puertas: <i>La mujer y el amor en tres obras de la Edad Media</i>	613
• M. ^a Teresa Caro Valverde: <i>La identidad subversiva de La Celestina</i>	629

• Cristina Castillo Martínez: <i>La imagen de la mujer en los libros de pastores</i>	641
• Josefa Sánchez Doreste, Jaume Gaya Catusus: <i>Rasgos sexistas del paralenguaje en La Celestina</i>	654
• Tina Pereda Barona: <i>La mujer en las artes: la gran ausente</i>	667
• María Rosal Nadales: <i>Nuevas identidades femeninas: la ironía al servicio de la autoafirmación</i>	679
• Paola Bellomi: <i>La escritura femenina en la revista cultural Triunfo: hacia la construcción de un pensamiento crítico independiente</i>	697
• Inés M. ^a Luna López: <i>La mujer custodiada: Susana San Juan y otros personajes femeninos</i>	720
• Josefa Sánchez Doreste, Jaume Gaya Catusus y Isabel Jorge Henríquez: <i>Estudio de las emociones y sentimientos en el teatro de García Lorca: perspectivas de género</i>	730
• Carmen Fernández Klohe: <i>La violencia de género como eje de la identidad femenina: Saturnal, de Rosa Chacel</i>	745
• Sonia Fernández Hoyos: <i>Más allá de la habitación propia</i>	754
• Cristina Cañamares Torrijos: <i>Pippi Calzaslargas: el descaro hecho niña 60 años después</i>	783
• Josefa Sánchez Doreste, Jaume Gaya Catusus e Isabel Jorge Henríquez: <i>Estudio de la rosa en El Principito desde la perspectiva de la inteligencia emocional</i>	799
5.4. La perspectiva de género en la didáctica de la literatura.....	816
• Carmen Servén Díez: <i>Mujer y canon en la enseñanza de la literatura</i>	817
• Margarida Prats Ripoll y Alba Ambròs Pallarès: <i>Las Tres Mellizas y la representación de modelos femeninos</i>	833
• Eva Morón Olivares: <i>Las aulas universitarias y la poesía española escrita por mujeres. Reflexiones y propuestas</i>	862

• Ana M. ^a Margallo González: <i>¿Qué papel pueden cumplir las novelas románticas en la formación lectora de las adolescentes?</i>	872
• Victoria Godoy Pérez: <i>Teoría y práctica sobre la didáctica de la literatura de género</i>	887
• Amèlia Arbiol Solaz, Romana Martínez Martínez, Mar Paulo Noguera y Carlos Sanz Marco: <i>Ellas y ellos en 16 textos infantiles (análisis de la colección: Llegir en valencià / Editorial Bromera)</i>	905
• M. ^a Teresa Domezáin Fau y M. ^a Jesús Goicoechea Tabar: <i>Tradición oral y género. Una experiencia de aula</i>	917
• Ana Lucía Ortega Larrea: <i>Didáctica del género femenino en Cuentos contados de Montserrat del Amo</i>	933
• Ana Campos Pineda: <i>Estrategias y técnicas creativas para tratar los problemas de género en la literatura tradicional de transmisión oral</i>	948
• M. ^a Mercedes Molina Moreno y Javier Villoria Prieto: <i>Algunos apuntes sobre la función socializadora de la Literatura Infantil y Juvenil en la educación escolar: identidad de género y familias homoparentales</i>	960
5.5. Materiales curriculares para la igualdad	974
• Carmen M. ^a Sánchez Morillas: <i>Proyecto Cuentae, una hipótesis de trabajo</i>	975
• Victoria Godoy Pérez: <i>Diseño de materiales coeducativos en el Instituto de Enseñanza Secundaria "García Lorca" de Jaén</i>	985
• Antonio García Velasco: <i>Elaboración de "Materiales curriculares para la igualdad" y la experiencia con Atril-e en el Proyecto de Innovación Docente (CIDUA) 126, Procesos de Enseñanza Aprendizaje para el EEES</i>	1006
• Macarena Navarro Pablo: <i>¿Sabemos jugar solos en igualdad?</i>	1022

- Alexandre Bataller Català: *De la literatura misógina medieval a la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Descripción de una unidad didáctica para 3.º de la ESO.....* 1042
- Josep Ballester Roca: *María Beneyto: la escritura de un diálogo múltiple y de una identidad marcada por la diferencia* 1066
- Consol Aguilar Ródenas: *Género, interculturalidad y percepción de la identidad gitana a través de la LIJ.....* 1082
- Pilar Monné, Laia Obis y Gerard Rius: *Mujer e inmigración. Análisis de un programa televisivo específico sobre inmigración desde una perspectiva genérica.....* 1103

Épica y lírica de la maternidad

Eulàlia Lledó Cunill

En ese momento yo no había leído *Tres mujeres* de Sylvia Plath, una obra radiofónica que consistía en tres monólogos interrelacionados en una sala de obstetricia. Tampoco había oído, de hecho, nada acerca de Plath. Tampoco había leído ni oído nada de *Snapshots of a Daughter-in-Law* (1963) de Rich, de *To Bedlam and Part Way Back* (1960) y *All My Pretty Ones* (1962) de Sexton, de *Inside the Blood Factory* (1962) de Diane Wakoski o de «Pro-Femina» (1963) de Carolyn Kizer, en los que la poeta bromea acerca de que las mujeres son «las custodias del secreto mejor guardado del mundo, / las meras vidas privadas de media humanidad». Aunque había leído *The Feminine Mystique*, no había leído a Simone de Beauvoir.

Alicia Ostriker

Hace unos cuantos años tuve la suerte de recibir una invitación de esta misma universidad para dar una conferencia sobre literatura.

En aquella ocasión, el convite se concretó en una conferencia titulada «Decidme mi nombre» que pude explicar en marzo del 2002. En ella hablé de una de las mujeres sin nombre de la historia, de una de las mujeres no nombradas de nuestra tradición; tan sin nombre que nadie la conoce por su propio nombre, sino que se la conoce como la mujer de Lot; tan anónima que en un principio sólo se sabía de ella por su relación de parentesco con un hombre.

La mujer de Lot me brindó la oportunidad de hablar, a través de lo que habían dicho de su figura y circunstancias, tanto de ella como de una serie de escritoras espléndidas que la habían cantado y la habían nombrado: la autora barroca y dominica portuguesa Violante do Céu, que vivió casi todo el siglo XVII (Lisboa 1607-1693), la intensa poeta rusa Anna Ajmátova (1889-1966), la esencial poeta polaca Wislawa Szymborska (Poznan, 1923), la no menos conspicua poeta malagueña María Victoria Atencia (Málaga, 1931) y la portentosa poeta catalana Maria-Mercè Marçal (Barcelona, 1952-1998).

Todas ellas evidentemente me dieron pie (y no poco, por cierto) para hablar de una infimísima infinitesimal parte del infinito paisaje de las escrituras femeninas. Menester y placer que me ocupa desde mucho antes de que viniera a Jaén en 2002 a hablar de la mujer de Lot y me sigue animando ahora.

Ocupación y gusto que me regalan no solo las fértiles y ubérrimas literaturas de las escritoras, sino interrogantes e interpelaciones que hacen mi vida mucho más placentera e interesante. Por esta razón es incomprensible para mí aquella frase hecha que algunas personas usan para referirse a las tonterías y cosas sin importancia: «...y lo demás es literatura».

Hete aquí, pues, que unos cuantos años después me dispongo a volver hablar de literaturas y escritoras dos términos que riman a la perfección. Para hacerlo me voy a centrar esta vez no en una mujer sino en un tema. El inacabable e inconmensurable tema de la maternidad. Reuniré en esta ocasión a unas pocas de las muchas escritoras que han atrevido a adentrarse en este mundo, con la intención de que nos den luz para vislumbrar indicios y señales que nos permitan explorar y orientarnos en este atlas ignoto, difícil siempre, tan espinoso a veces.

Desde siempre

Se da la circunstancia de que el texto más antiguo que conozco debido a una voz de mujer es justamente, en cierta medida, sobre la maternidad. Se trata del verso preñado —que no embarazado— de solemnidad de la suprema sacerdotisa, sagaz política y poeta sumeria Enkheduanna, escrito hace la friolera de 2.300 años. Para que luego alguien nos diga que las escritoras se pusieron a escribir hace dos días, o como más pronto en el siglo XIX. Dice así:

Con gritos de parto (...) di luz a este himno.¹

La escritora, y no sabemos si madre, Enkheduanna, dando a luz a grito pelado un verso de un himno, establece para siempre más la analogía y las concomitancias entre producir —crear— y reproducir —crear. Eleva a materia poética los épicos gritos del inicio de la maternidad, universalizando así el tema del cual hoy vamos a reseguir tan solo algunos leves indicios.

No es la única poeta de la antigüedad que habla, de un aspecto, de alguna vicisitud o circunstancia de la maternidad. Nossis de Locres, una de las hermanas o de las hijas de Safo, reivindicaba orgullosa ya en el siglo III aC su genealogía materna en un poema en que justamente también muestra su admiración hacia Safo.

Viajero, si navegas hacia Mitilene, la de bellos corazones,
a gozar de las gracias floridas de Safo,
puedes decirles que, amiga de ella y de las Musas, Locres
me engendró, y mi nombre es Nossis.²

Y si de la mujer de Lot no sabíamos ni el nombre, Nossis nos vocea, nos canta el suyo, y se adscribe a su línea materna, a su progenitora Locres. Enkheduanna, en trance de parir, Nossis de Locres, celebrando el legado de su madre, su ascendencia materna, nos muestran dos de las infinitas maneras, bien dispares y distintas —perfectamente complementarias— de hablar de la maternidad.

La gran impostura

Pero antes de seguir viendo avatares y circunstancias, versos y partos,

¹ Elaine PARTNOW en *The Quotable Women*. Facts on File Publications, 1987, pág. 11; se cita en «El sueño de un lenguaje común» de Elizabeth Russell en Àngels CARABÍ y Marta SEGARRA (ed.). *Mujeres y Literatura*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1994, pág. 102.

² Maria Àngels ANGLADA. *Les germanes de Safo: Antologia de poetes hel·lenístiques*. Traducción, edición y notas de Maria Àngels Anglada. Barcelona: EDHASA, 1983, pág. 41.

recurrámos a otra faceta de la creación, al ensayo, para ver tan brevemente como sea posible algunas de las imposturas —en expresión feliz de la psicóloga Victòria Sau— de la maternidad. Me parece imprescindible, puesto que es tal la maraña de tópicos, «consejos» médicos, prescripciones sentimentales, mandatos ideológicos, cambios de vida y de cuerpo, etc., que acompañan a la maternidad que no es extraño que muchas mujeres vayan del desconcierto y del no reconocimiento a la extrañeza o a la locura, o simplemente se vean monstruosas a tenor de sentir lo que sienten y de experimentar lo que supone. Así, Susan Rubin Suleiman en un artículo titulado «Escritura y maternidad»³ hacía notar una serie de partidos tomados y de trabas que pueden impedir abordar la maternidad con cierta frescura y salud mental.

No obstante, voy a retomar la visión psicoanalítica de la maternidad tal y como se presenta en la literatura tradicional. La madre buena, e incluso la suficientemente buena (Winnicott), se caracteriza, según esta literatura, no sólo por su ternura y la «voluntad femenina-masquista de sacrificio» sino, por encima de todo, por su implicación exclusiva y completa hacia su hijo. Chodorow [en *El ejercicio de la maternidad*, un libro fundamental] cita a la psicoanalista Alice Balint como alguien representativa en esta cuestión. Balint declara: «La madre ideal no tiene intereses propios... Para todos nosotros queda claro y evidente que los intereses de la madre y el hijo son idénticos, y el criterio generalmente aceptado de si la madre es buena o mala consiste en la conciencia que tiene ella de si estos intereses de la madre y el hijo son los mismos». Chodorow comenta: «Esta afirmación no significa que las madres no tengan otros intereses más que los de sus hijos, todos sabemos que este tipo de inversión exagerada es 'mala' para los hijos. Pero los analistas sociales, legisladores y médicos, esperan que los intereses de las mujeres hagan aumentar su capacidad maternal y esperan que las

³ Los fragmentos de Susan Rubin Suleiman son de su artículo «Writing and Motherhood», incluido en el volumen *The (M)other Tongue: Essays in Feminist Psychoanalysis Interpretation*. Shirley Nelson GARNER, Claire KAHANE y Madelon SPRENGNETHER (ed.), (Cornell University Press, 1985). Los cito a partir de la traducción del artículo, «Escritura y maternidad», que hay en Moyra DAVEY (ed) [2001] *Maternidad y creación. Lecturas esenciales*. Traducción de Elena Vilallonga (si no se especifica otra cosa, todas las traducciones del volumen son de esta traductora). Barcelona: Alba, 2007.

mujeres busquen únicamente intereses que propicien esto mismo». Una buena disposición maternal, en otras palabras, «requiere tanto evaluar delicadamente las necesidades infantiles como buscar la incondicionalidad absoluta. Los analistas no consideran que su fórmula sea difícil de conseguir para la mayoría de madres 'normales'». ⁴

Este «normales», claro, convenientemente entrecomillado. Suleiman toca uno de los puntos más sensibles de la maternidad, esta presentación y presunción por parte de la psicología tradicional —encarnada en este caso en Alice Balint— de las madres como mero instrumento y receptáculo para el crecimiento en edad y sabiduría de sus criaturas. Esta perversa y enloquecedora anulación total de las madres al servicio de hijas y, sobre todo, de hijos. Esta misión imposible que, en el texto que se acaba de ver, la también psicóloga Nancy Chodorow cuestiona.

Susan Suleiman cita más fragmentos, el siguiente es de un libro significativamente titulado, y no por casualidad, *Amor, culpa y reparación* de otra psicóloga, de Melanie Klein, que le sirve para afirmar lo siguiente.

Melanie Klein [en *Amor, culpa y reparación*] habla con gran empatía y comprensión a propósito de los instintos asesinos que todo niño siente hacia su adorada madre; no habla sobre los instintos asesinos que una madre puede sentir hacia su adorado hijo. ⁵

Suleiman, pues, sin pelos en la lengua, plantea sin ningún sentimiento de culpa ni afán de reparación el hecho de que las necesidades, sentimientos e instintos son y van a dos bandas. La tercera psicóloga que cita es Helene Deutsch.

Según Helene Deutsch [en *Psychology of Women*], la tragedia permanente de la maternidad es que los niños crecen: «Cada fase del desarrollo del niño culmina con una intensa tendencia a liberarse. La madre, cualquier madre, trata de mantenerlo atado a ella y se opone a

⁴ *Op. cit.*, pág. 129.

⁵ *Op. cit.*, pág. 129.

las acciones que tienden a romper esta atadura». La idea de que otra tragedia de la maternidad pueda tal vez residir en el conflicto entre el deseo de autorrealización de la madre, autorrealización que nada tiene que ver con el hecho de ser ella madre, y la necesidad del niño de la incondicionalidad de su madre, por lo visto nunca han sido abordados por el pensamiento psicoanalista.⁶

El fragmento le sirve para seguir mostrando la insuficiencia —la perversidad, quizás, puesto que roza el maltrato— de la psicología tradicional para comprender, considerar y respetar a las mujeres.

Otra psicóloga citada es Karen Horney, le da pie a hacerlo un artículo también significativamente titulado, puesto que la traducción sería: 'Conflictos Maternales'.

Incluso Karen Horney, madre y escritora ella misma, dedicó un artículo a los «conflictos maternales» y su énfasis recaía en el daño que una madre podía hacer a su hijo si su relación personal con sus propios padres no estaba bien resuelta. Es como si, para los psicoanalistas, el único yo que merece atención en la relación madre-hijo fuera el yo del hijo. En qué medida este foco exclusivo afecta a la madre es algo de lo que sólo estamos empezando a darnos cuenta, ahora que las madres empiezan a hablar por sí mismas.⁷

Esta es la clave: hablar por sí mismas, de sí mismas, a partir de sí mismas. Hablar de una misma. Y a fe que lo han hecho. Pero antes de darles la palabra, quiero remarcar una peculiaridad de las citas de Suleiman en la que supongo que se habrán fijado. Ella misma lo remarca en una nota a pie de página de su artículo.⁸

Sin duda uno [*sic*] podrá darse cuenta de que la mayoría de analistas que voy citando son mujeres. Sus declaraciones muestran o bien una alienación notable de su propia experiencia (seguramente no se

⁶ *Op. cit.*, págs. 129-130.

⁷ *Op. cit.*, pág. 130.

⁸ *Op. cit.*, pág. 130.

convirtieron en analistas y escritoras adaptándose sin problemas a las «gratificaciones pasivo-masochistas» de la feminidad) o bien un grado notable de autoaversión (su propio desarrollo fue «anómalo», puesto que escogieron el camino del complejo de la masculinidad en su propia vida). Lo que más sorprende es que Helene Deutsch se autodeclaró recientemente antigua feminista y cuya esperanza más grande hacia sus pacientes mujeres era que «tuvieran un interés apasionado en algo más que en su posible marido y en posibles hijos en sus vidas». Ésta es una afirmación curiosa considerando que proviene de una de las teóricas freudianas más ortodoxas de la feminidad «normal». Tal y como Marcia Cavell destaca acertadamente, la afirmación indica, al menos, una escisión radical entre la terapeuta Deutsch y la teórica Deutsch. (Véase Cavell, «Since 1924: Toward New Psychology of Women», *Women and Analysis*, ed. Strouse, pág. 167.)

No traigo a colación esta nota con la intención de criticar o denostar a las cuatro psicoanalistas citadas —pondría la mano en el fuego que Suleiman tampoco la tenía—, sino para mostrar las dificultades y las contradicciones a las que antes me refería que implica hablar de un tema tan controvertido, complicado, doloroso, tremendo, como puede llegar a ser la maternidad.

Pienso que es de estricta justicia empezar por uno de los monumentos con los que, afortunadamente, contamos, me refiero a *Nacida de mujer*⁹ dado a luz en 1977 por la gran ensayista, crítica, profesora, poeta y madre Adrienne Rich de quien Sharon Olds —se verá un poema suyo más adelante— dijo cuando comentaba el poemario de Rich, *An Atlas of Difficult World. Poems 1988-1991*, que se podría traducir como 'Atlas de un mundo

⁹ Adrienne RICH [1976]. *Nacida de mujer. La crisis de la maternidad como institución y como experiencia*. Traducción de Ana Becciu. Barcelona: Noguer, 1978. Tengo la enorme suerte de poseer (avaramente) un ejemplar de la primera traducción al castellano del libro, que fue prácticamente simultánea a su aparición. Esto de poseer es un decir, mucho me sospecho que en realidad es el libro quien me tiene a mí. Cito por esta edición.

Casi veinte años más tarde (1996), Cátedra la reeditó, con la traducción revisada, en su benemérita colección «Feminismos»; se ve a simple vista ya en el título: *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. El cambio de «Nacida» a «Nacemos» no es menor: a Adrienne Rich no le gustó en absoluto el «Nacida», puesto que tanto las hijas como los hijos nacemos indefectiblemente de mujer, que es a lo que ella se refiere. El subtítulo se acerca más al de la versión original: *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*.

difícil. Poemas 1988-1991'.

[...] conmueve por su belleza y contenido, por su sabiduría y autoridad. Adrienne Rich es nuestro Atlas, y sostiene no el cielo sino la tierra, y no como una carga, sino que baila con ella como una amante.¹⁰

El hilo de Adrienne

Adrienne Rich no tiene desperdicio, no tiene ni un renglón del cual dejen de desprenderse sabias enseñanzas y tiernos consuelos. Así, en un fragmento citado también por Susan Suleiman para poner de manifiesto una percepción y unos sentimientos que no son únicos ni exclusivos de la autora, sino que son compartidos por muchas mujeres, dice lo siguiente.

Casi toda la literatura dedicada al cuidado infantil y a la psicología del niño ha supuesto que el proceso que desemboca en la individuación constituye, esencialmente, el drama *del niño*, representado contra y con un padre o los padres, quienes, para bien o para mal, le son impuestos. Nada pudo prepararme para asumir la idea de que yo *era* madre, uno de esos progenitores impuestos, cuando supe que yo misma estaba todavía sin formar.¹¹

Como seguro que es compartido el conocido arranque de su primer capítulo «Cólera y ternura». En el cual incide otra vez en las pocas herramientas que le fueron dadas para asumir la maternidad.

De mi Diario, noviembre de 1960

Mis hijos me causan el sufrimiento más exquisito que haya experimentado alguna vez. Se trata del sufrimiento de la ambivalencia: la alternativa mortal entre el resentimiento amargo y los nervios de punta, y entre la gratificación plena de la felicidad y la ternura. En cuanto a mis sentimientos hacia estos pequeños seres inocentes, a veces me

¹⁰ Montserrat ABELLÓ (ed.). *Cares a la finestra: Vint dones poetes de parla anglesa del segle XX*. Traducción y prólogo de Montserrat Abelló. Sabadell: AUSA, 1993, pág. 141.

¹¹ *Nacida de mujer. La crisis de la maternidad como institución y como experiencia*, pág. 38.

considero un monstruo de egoísmo y de intolerancia. Sus voces consumen mis nervios, sus constantes necesidades, por encima de todo su necesidad de simplicidad y de paciencia, me llenan de desesperación ante mis propios fracasos, ante mi destino, que es servir a una función para la cual no estaba preparada. Y muchas veces me siento débil por contener mi rabia.¹²

O el apunte de seis años más tarde en el que muestra que en un principio había estado impregnada de todas las falacias psicológicas sobre la maternidad que Suleiman enumeraba más arriba.

Marzo de 1966

Tal vez sea un monstruo —una antimujer—, un ser sin voluntad, dirigido, y sin recurso para experimentar los consuelos normales y atractivos del amor, la maternidad y la alegría en los demás...

Presunciones que no han sido examinadas. Primero, que una madre «natural» es una persona que carece de otra identidad, alguien que puede hallar su más importante gratificación pasando el día entero con los niños, acompañando su paso al de ellos; que hay que aceptar como cierto el aislamiento de las madres y de los niños, juntos dentro de la casa; que el amor maternal es y debería ser literalmente desinteresado; que los hijos y las madres son la «causa» de los mutuos sufrimientos. Yo fui atrapada por el estereotipo de la madre cuyo amor es «incondicional», y por las imágenes visuales y literarias de la maternidad como una identidad unívoca. Si yo sabía que había dentro de mí zonas que nunca concordarían con aquellas imágenes, ¿no eran estas zonas anormales, monstruosas?¹³

En otros fragmentos tiene la amabilidad de concretar y ejemplificar las relaciones de dependencia e interdependencia entre ella y sus hijos. Las ganas de emanciparse, ni que fuera temporalmente, al revés, es decir: ella de ellos. Para hacerlo nos cuenta una historia cotidiana e interminable común a tantas y tantas madres.

¹² *Op. cit.*, pág. 23.

¹³ *Op. cit.*, pág. 25.

A partir de los años cincuenta y el comienzo de los sesenta, recuerdo un ciclo. Comenzó cuando cogía un libro o intentaba escribir una carta o, incluso, cuando me encontraba a mí misma al teléfono hablando con alguien para quien mi voz traicionaba la ansiedad o un ataque de energía compasiva. El niño (o los niños) podía estar absorbido en lo suyo, en su propio mundo de sueños; pero tan pronto sentía que yo me deslizaba hacia un mundo que no le incluía, se me acercaba, me cogía de la mano, pedía ayuda, golpeaba las teclas de la máquina de escribir. En aquellos momentos, yo notaba que sus deseos eran engañosos, como si se tratara más de un intento por escamotear mi vida conmigo misma, aunque sólo fueran quince minutos. Montaba en cólera, sentía la inutilidad implícita de cualquier tentativa por salvarme de mí misma, y también experimentaba la desigualdad entre ambos: mis necesidades siempre equilibradas contra las del niño, y perdía siempre. Me dije que podía amar mucho mejor después de un cuarto de hora de concentración, de paz, de desapego de mis hijos. ¡Unos minutos! Para el sentido infantil del abandono inconsolable, si me trasladaba —no sólo física sino espiritualmente— a un reino que estuviera más allá de nuestra vida en común apretadamente circunscrita, era como si un hilo invisible se estirara entre nosotros hasta romperse. Era como si mi placenta hubiera comenzado a negarle oxígeno.¹⁴

Una de las maneras de darse aire a ella misma fue la separación entre poesía y maternidad, en el sentido de olvidar, en este ámbito, en el poético, el hecho de ser madre, este aspecto de su personalidad. Puede verse en este pequeño fragmento.

Una sola vez alguien me preguntó: «¿Nunca escribe poemas acerca de sus hijos?». Los poetas, hombres, de mi generación sí escribieron poemas acerca de sus hijos, sobre todo acerca de sus hijas. Para mí, la poesía era el sitio donde vivía sin ser la madre de nadie, donde existía como yo misma.¹⁵

¹⁴ *Op. cit.*, pág. 25.

¹⁵ *Op. cit.*, pág. 33.

Otras muchas autoras, en cambio, como en parte veremos luego, han hecho de su maternidad, de sus hijas e hijos tema de su propia poesía, de una literatura propia e intransferible, tema de su arte.

De rediles

Para empezar a entrar en ello, voy a reseguir tan solo dos hilillos, dos detalles, dos muestras, del rico manto de Adrienne Rich. El primero hace referencia a la estrecha relación de dependencia no siempre querida, no siempre cómoda, entre madres y criaturas, que ella ejemplifica con este radar oculto y siempre en marcha que tienen las hijas y los hijos para detectar estos excesos de velocidad que son estar, ni que sea por un momento, ni que sea mentalmente —espiritualmente—, por otra cosa.

Muchas autoras han hablado de ello de muy diferentes maneras. Una realmente curiosa, y que me ha llamado la atención por recurrente, es la que habla de los espacios uniformadores de madres —más o menos jóvenes— y criaturas. Presenta a madres ocupadas únicamente y en apariencia en atender a sus bebés, en unos espacios segregados que unifican a madres y menores de edad, ámbitos limitadores e infantilizadores de adultas que se tiende a ver como menores de edad, y, según como, también embrutecedores (ni que sea por el trasiego de pañales, biberones, babas y chupetes). Veamos lo que dicen algunas de ellas. Por ejemplo, Jane Lazarre, según lo cuenta Moyra Davey.

En *El nudo materno* Jane Lazarre describe el tedio de las madres en el parque «en el que la desesperación esperaba ser liberada como el malo de la obra esperando entre bastidores. Hasta el día de hoy, cuando paso cerca de un patio cercado, recuerdo el aburrimiento y el aislamiento del lugar y me siento agradecida de que mi hijo haya crecido y superado la edad típica de estos rediles de mujeres y niños».¹⁶

¹⁶ Moyra DAVEY. *Maternidad y creación. Lecturas esenciales*, págs. 23-24.

Veamos la mezcla de fascinación y repulsión —estamos en terreno resbaladizo, de arenas engullidoras, más que movedizas, contradictorio, ya lo sabemos— con que lo cuenta otra autora insigne, Doris Lessing,¹⁷ cuando en su autobiografía rememora sus primeros balbuceos como madre.

Si el índice de nacimientos es un tema digno de considerar en un país, entonces pensemos en las mujeres jóvenes que se reúnen para dar de mamar un par de horas diarias. Me aburría, me rebelaba, detestaba los encuentros matutinos del té. Los ansiaba, y me odiaba a mí misma por ansiarlos. Volvía a casa y le decía a Frank que antes de ir a otro de aquellos encuentros me moriría. Pero al día siguiente volvía. Para empezar, a John, un ser sociable desde que nació, le gustaban, le interesaban, tenía que ver de qué iba la cosa. «John, mira a John, empezará a gatear en cualquier momento».¹⁸

En esta misma obra lo hace en más ocasiones, también apunta la pérdida, el desgaste, el tedio, que hay en la repetición de una misma acción por necesaria que sea para la criatura. Lo relata a veces de forma realmente expeditiva y lapidaria.

Empujaba el cochecito de un lado a otro durante horas y horas. Al menos, eso parecía. No existe aburrimiento más tremendo que el de una mujer joven e inteligente que se pasa el día entero con un niño muy pequeño. Mientras empujaba, escribía poemas de memoria.¹⁹

No se le daba nada mal, la verdad, hacer poesía rimándola con el vaivén del cochecito. No sabemos si en ella quería hablar de su hijo o —a semejanza de Rich— la reservaba para otros menesteres, lo que sí es cierto es que en algunas estrofas de la poesía habla de criaturas. Como muestra, apunto la última estrofa de un poema de fuerte contenido social.

¹⁷ En el momento que escribí estas líneas todavía no le habían dado el premio Nobel, del cual me alegro y congratulo sobre todo porque lo feliz que la hizo.

¹⁸ El fragmento es del capítulo 12 del libro de Doris LESSING, *Under My Skin. Volume One of My Autobiography to 1949* (Harper Collins Publishers, 1994). Lo cito a partir de la traducción, *Dentro de mí*, en Moyra DAVEY. *Maternidad y creación. Lecturas esenciales*, pág. 33.

¹⁹ *Op. cit.*, pág. 37.

Pero ahora en la lluvia gris
y la corriente gris que se eleva desde la calle,
un niño pequeño negro corre tembloroso,
agarrado a sus harapos y a una botella de leche,
hacia la mejor casa entre los árboles
donde le espera su señora blanca,
la impaciente arpía de voz gallinácea.²⁰

Veamos como expresa lo mismo otra literata y madre, la autora francesa Annie Ernaux, rebozada de arena e infancia junto al mar.

Las vacaciones. Ocupé mi lugar entre las mujeres sentadas en la playa, rodeadas de cubos y palas, mientras chicas solas corrían hacia las olas, y porque los peores consuelos ya no dan miedo al cabo de un tiempo, una se dice que ya les llegará la hora, atadas a los críos mientras su marido navega a bordo de un velero todo el día. Creí en las urbanizaciones para vacaciones familiares, exclusivamente familiares, con los dos comedores colectivos, el del griterío y mugriento, el de los niños, y el mortal, el de los padres, con sus qué hacéis esta tarde, se está bien aquí, yo soy visitador médico y usted.²¹

Evidentemente, que por otro lado encontraríamos autoras (muchas) que muestran la satisfacción, las emociones positivas, los aprendizajes, el sinfín de placeres y experiencias que les proporcionó la crianza de hijas e hijos, el lugar en el mundo que les dio.²² Pero como este modelo lo tenemos presente, es el cantado por tantas instancias, por ejemplo, por la publicidad, es el «normal» (santa inocencia la de la gente que aún cree que la normalidad existe) y el prescriptivo, ninguna mujer se siente anormal, rara o monstruosa cuando tiene la suerte de alcanzarlo, cuando consigue que le pase, prefiero acabar con una cita de un cuento que desdramatiza a la perfección y de manera deliciosa e irónica la situación ejemplificada en

²⁰ *Op. cit.*, pág. 38.

²¹ El fragmento es del libro de Annie ERNAUX, *La femme gelée* (Gallimard, 1981). Lo cito a partir de la traducción, *La mujer helada* de María Oliver y Elena Vilallonga, incluida en Moyra DAVEY. *Maternidad y creación. Lecturas esenciales*, pág. 349.

²² En el tan citado libro de Moyra Davey, *Maternidad y creación. Lecturas esenciales*, se hallan muchas.

los fragmentos anteriores, aunque, como veremos, pone con la sonrisa en los labios el dedo en otra llaga. La he hallado en el cuento «La corredora de fondo» del libro *Enormes cambios en el último minuto* (1974) de la impagable y profundamente divertida Grace Paley, una de las escritoras a quien Adrienne Rich cita con agradecimiento en su *Nacida de mujer*.

Cerca ya de casa, crucé corriendo nuestro parque, donde había llevado a tomar el aire a mis hijos las tardes de los fines de semana al acabar el verano. Paré en la zona de juegos del nordeste, donde encontré a una docena de madres jóvenes que cuidaban inteligentemente de sus pequeños. Para prepararlas, sin querer herirlas, dije: De aquí a quince años, vosotras, chicas, estaréis como yo, os habréis equivocado en todo.²³

Impagable el adverbio que dedica («inteligentemente»), sin asomo de duda, a la capacidad, a la solvencia y al buen criterio de las madres para educar a sus criaturas, pero al mismo tiempo sabe, y le gustaría transmitirlo, que en algún sentido no hay nada que hacer, puesto que la maternidad es un delicado y difícilísimo equilibrio inestable del que casi siempre te caes, si es que no te estrellas, y, además, de caer, siempre caes en el exceso del demasiado o del demasiado poco.

Antes de pasar adelante, y aprovechando que estamos en compañía de una autora que tiene un sentido del humor tan aguzado, veamos como relativiza otro de los rasgos que acostumbra a teñir la dependencia de algunos hijos o hijas. En esta ocasión, se trata de un fragmento del último cuento, «A la escucha», de su último libro, *Más tarde, el mismo día* (1985), escrito, pues, a una edad respetable.

Aludía con ello al hecho de que nuestras mañanas suelen comenzar con la atareada lectura del periódico de la noche precedente, con la discusión

²³ Grace PALEY [1994]. *Cuentos completos*. Traducción de José María Álvarez Flores, Susana Contreras, Enrique Hegewicz, César Palma, Ángela Pérez. Barcelona: Anagrama, 2005, pág. 315. Esta compilación de todos sus libros de cuentos, la dedicó, por cierto, a su amiga Sybil Claiborne, a quien considera precisamente su «colega en las tareas de escribir y ser madre».

y exposición de las acciones que conviene emprender, con la necesidad de despertar a los chicos, que deberían estar ya en edad de entender el mensaje de un despertador sin la correspondiente traducción materna.²⁴

Y desbordamientos

Uno de los otros hilos de Adrienne Rich era la absoluta incondicionalidad, la perenne disponibilidad, el amor sin límites y sin fronteras, sin márgenes, ni barreras. Esta confusión entre madre e hija o hijo. Este saber y constatar que las novias, que los novios, que las parejas, que las amistades, que incluso —el destino no lo quiera— las mejores amigas, son simplemente contingentes, no son estructurales, como lo son para siempre jamás hijas e hijos.

La certeza de la estructuralidad y de la permanencia de la relación que tienen en general las madres en el preciso instante de serlo, se resuelve y se concreta de muy diferentes maneras en la literatura; veamos ni que sea tan solo tres.

En primer lugar, la hermosísima y prístina declaración de principios que la poeta polaca Wislawa Szymborska, también galardonada con el Nobel (1996), articula en su poesía «Vietnam», incluida en su poemario *Mil alegrías —Un encanto—* de 1967.

Mujer, ¿cómo te llamas? —No sé.
¿Cuándo naciste, de dónde eres? —No sé.
¿Por qué cavaste esta madriguera? —No sé.
¿Desde cuándo te escondes? —No sé.
¿Por qué me mordiste el dedo cordial? —No sé.
¿Sabes que no te vamos a hacer nada? —No sé.
¿A favor de quién estás? —No sé.
Estamos en guerra, tienes que elegir. —No sé.

²⁴ *Op. cit.*, pág. 458.

¿Existe todavía tu aldea? —No sé.
¿Éstos son tus hijos? —Sí.²⁵

En segundo lugar, lo que dice al respecto Kate Chopin en su imprescindible novela *El despertar*, publicada en 1899. Así, muy al principio del libro, podemos leer ya una auténtica declaración de principios —no exenta de ironía— sobre cierta maternidad y sus letales efectos colaterales.

Eran mujeres que idolatraban a sus hijos, adoraban a sus maridos y consideraban un alto privilegio anularse como individuos y desarrollar alas como ángeles de la guarda.²⁶

En la misma página se nos muestra, de manera muy sutil y fina, directamente a través de la descripción del comportamiento de los hijos de la protagonista y la intuición que de sus causas tiene su marido, una profunda y aguda reflexión sobre los excesos y las insuficiencias de la maternidad. Veamos, pues, la incomodidad y la desazón con la que lo ve, Mr. Pontellier, el padre de las criaturas.

Habría sido difícil para Mr. Pontellier definir, a su entera satisfacción o a la de cualquiera, en qué punto su mujer desatendía sus deberes hacia sus hijos. Era más un sentimiento que una percepción, y cada vez que lo expresaba no podía evitar el subsiguiente arrepentimiento, unido a un gran deseo de compensación.

Si uno de los pequeños Pontellier se caía mientras jugaba, no corría llorando a los brazos de su madre para buscar consuelo; lo más probable era que se levantara, se secara las lágrimas, se quitase la arena de la boca y continuase jugando. Como niños que eran, formaban bandas, y se enzarzaban en batallas infantiles con puñetazos y gritos, que generalmente prevalecían sobre los de otros niños más enmadrados.²⁷

²⁵ Wislawa SZYMBORSKA. *Poesía no completa*. Edición y traducción de Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia. México: Fondo de Cultura Económica, 2002, pág. 147.

²⁶ Kate CHOPIN [1899]. *El despertar*. Traducción y prólogo de Olivia de Miguel. Madrid: Hiperión, 1986, pág. 30.

²⁷ *Op. cit.*, pág. 30.

Es evidente que describe unos niños —aunque no exentos de cierta dosis de violencia— sanos, autónomos e independientes. ¿Por qué, pues, esta crítica, por difusa que sea, a una madre que ha realizado el prodigio de encontrar el término medio, el punto justo, por qué este desagrado por una madre felizmente desapegada? A mí, me recuerda las exigencias que sufren las madres, no necesariamente por parte de los padres, sino desde las propias hijas e hijos. Es decir, ridiculización o queja si se está demasiado por ellas y ellos, reproche y queja si se intenta una relativa distancia alejada del tópico de la incondicionalidad materna.

Chopin más adelante, hacia la mitad del libro, profundiza en este aspecto, puesto que la maternidad vista como amor incondicional y absoluto se precisa y matiza en una relación que no implica anulación ni pérdida de autonomía o de personalidad para las madres.

En una ocasión, Edna le había dicho a Madame Ratignolle que nunca se sacrificaría por sus hijos, ni por nadie. Después había seguido una acalorada discusión; las dos mujeres parecían no entenderse o no hablaban el mismo idioma. Edna intentó apaciguar a su amiga y explicárselo.

—Renunciaría a lo accesorio. Daría mi dinero, daría mi vida por mis hijos; *pero no me daría a mí misma*. No puedo explicarlo con más claridad; es tan sólo algo de lo que empiezo a ser consciente, que se me está revelando.

—No sé a qué llama usted esencial, o qué quiere decir con accesorio —dijo Madame Ratignolle, alegremente—. Pero una mujer que daría la vida por sus hijos no puede hacer más, dice la Biblia. Estoy segura de que yo no podría hacer más.

—Oh, sí que podría —rió Edna.²⁸

Hace más de un siglo, pues, las dos protagonistas, en animado diálogo, ponían de manifiesto la naturaleza de lo contingente —lo accesorio en palabras de Edna— y lo estructural —lo esencial en boca de Madame

²⁸ *Op. cit.*, págs. 90-91. La cursiva es mía.

Ratignolle— respecto a las relaciones con la descendencia, y lo hacen con gracia ligera, entre risas.

Veamos, en tercer lugar, lo mismo explicado de una manera mucho más contundente, cruda y contradictoria a través de otro fragmento de *El nudo materno* de Jane Lazarre.

«Moriría por él», recalca yo. «Todas esas películas de madres corriendo rodeadas de camiones y balas para salvar a sus hijos son ciertas. Yo prefiero mil veces morir a perderlos. Imagino que esto es amor» —dije estremeciéndome, y ambas nos reímos—, «pero él ha destrozado mi vida y yo vivo sólo para encontrar una manera de recuperarla».²⁹

Especialmente, si tenemos en cuenta que el fragmento que acabo de citar cierra estos largos párrafos que son, además de una verdad incontestable sobre las miserias y las servidumbres que puede llegar a ser la maternidad, un canto a los grupos de autoconciencia, tanto en su manera de funcionar como por su carácter sanador y reparador. Otra vez, pues, hablar, escribir, sana, repara.

Le tocaba el turno a Anna. «Pues bien, qué puedo añadir», empezó diciendo y, mirando a Jean, a quien evidentemente conocía bien, para contar con su apoyo, soltó una fuerte risotada gutural. Pero no era una risa loca, como esas risitas cómicas o esos estallidos fuera de sitio que te sobrecogen al ver una expresión completamente seria, y que delatan de inmediato a la persona revelando que está perdida, que la parte de la persona que ríe no está en absoluto conectada con la parte que no ríe. No, la risa de Anna era rotunda. Se reía de sí misma, de lo que estaba a punto de decir. Parecía que se riera de todas nosotras. Pero Anna era una persona íntegra por dentro, y esta persona se mantenía un poco distanciada, limitándose a hacer comentarios sobre su absurda vida, y retando al resto de mujeres a que la juzgáramos.

²⁹ El fragmento es del libro de Jane LAZARRE, *The Mother Knot* (Virago, 1986). Lo cito a partir de la traducción, *El nudo materno*, en Moyra DAVEY. *Maternidad y creación. Lecturas esenciales*, pág. 74.

Nos miró a todas de nuevo, pareció tomar alguna decisión, y empezó a hablar poco a poco.

«Ser madre es algo horrible. Arruina la relación con tu marido. Arruina tu vida. No puedes abandonarlos porque los quieres y cuando estás con ellos los odias. Yo era una buena enfermera. Muy competente. He cuidado a gente de todo el mundo. Dirigía una planta entera en Boston. Ahora soy madre, y significa que no soy nada. No sé. También tiene cosas buenas. Pero realmente —hablaba muy alto, claro y con una seriedad tremenda— estoy a punto de derrumbarme.»

Y volvió a soltar una fuerte carcajada. Todas estábamos en silencio. Después, con incomodidad, tratando de recuperar la seguridad de nuestro círculo antes de hablar, las otras mujeres me miraron. Y como la niña de colegio cuya voz suena como si tuviera miedo a hablar pero que simplemente está diciendo la verdad, dije: «Estoy de acuerdo con todo lo que Anna acaba de decir».

Y al hacer esta afirmación algo en mí se desprendió, se desmoronó, se desintegró, tal vez el muro que me había mantenido sola, la celda de la prisión, el confinamiento solitario, y la horrible posibilidad de que incluso con esta experiencia universalmente femenina, seguiría siendo, al menos para mí misma, tremendamente rara; todo esto se resquebrajó gracias a la familiaridad de las palabras de Anna y poco a poco empezó a desaparecer. [...]

Ahora hablaba Anna. Soy una mujer que está viva, oí que decía. Y mientras ponía en voz alta mis pensamientos, mi soledad empezó a desaparecer. Sentí de inmediato que la amaba.

Durante los meses siguientes Anna y yo vivimos prácticamente juntas. Ella hablaba de cosas que yo sólo me había atrevido a escribir en mis cuadernos de notas. Aun así estaba más traumatizada que yo por las exigencias de la maternidad. Había tenido dos hijos en el espacio de un año. No había siquiera considerado la posibilidad de dejarlos con canguros. Y constreñida a su educación católica, era incapaz de emplear métodos anticonceptivos y por tanto cada mes esperaba, sudando y temblando, a que le viniera la regla. Ya había tenido un aborto natural el mismo año que nació su hijo pequeño. Necesitaba algo que yo podía darle: le discutí su recato cristiano y la acompañé al médico a ponerse un dispositivo intrauterino. A cambio, de ella aprendí la incapacidad

absoluta para esconder los sentimientos, por muy horribles y escandalosos que fueran.

Al confiar la una en la otra, y al ver que nos parecíamos tanto, empezamos a cuidarnos los hijos mutuamente. Y al hacerlo, pudimos llegar a concentrarnos en otras cosas aparte de nuestras reuniones.

Estudí los libros de mitología con una atención que no había logrado mantener en todo el último año. Anna asistía a un curso que le interesaba, paseaba sola por la ciudad, sola por primera vez en un año y medio. Cuando veíamos a los niños juntos, o por la noche cuando dormían, hablábamos de ellos. «Los quiero y todo eso, pero los odio», decía.³⁰

Valga este largo fragmento para acabar de situar la enorme ambivalencia del amor maternal, la brutal, larga y necesaria dependencia de las criaturas —y no tan solo cuando son bebés—, las contradicciones y las colisiones entre vida propia y maternidad, la imposibilidad del mandato patriarcal. La dificultad de conjugar los muchos aspectos e intereses que enraízan en cada mujer.

Sirva también para intuir que siempre hay esperanza por muy estrecho y sin salida que parezca el callejón, para saber que más allá de la cuna y de las papillas hay vida.

El texto, además, está lleno de ricos detalles. Resaltaré tres: en primer lugar, la sabia percepción de los tipos de risa, sus significados y sus usos; en segundo lugar, la constatación de que una hermosa amistad puede brotar en cualquier parte y no necesariamente en la brumosa pista de un aeropuerto; y en tercer lugar, la bondad, el consuelo y el descanso de la palabra, el prodigio de hablar para compartir.

³⁰ *Op. cit.*, págs. 72-74.

Áspera y tierna

En el tintero (o en el teclado que viene a ser lo mismo) van a quedar gráciles y contundentes poesías sobre todos los avatares y cada una de las circunstancias de las distintas maternidades, pienso en algún emocionante poema de la yanqui Alice Walker o, ya más cerca de casa, en algunos versos que ya había traducido para la ocasión de una de las escritoras de la maternidad por excelencia, la catalana Maria-Mercè Marçal. Pero como todo no cabe, pasaremos ahora a ver, ni que sea por encima, algunos de los sentimientos y de los cuerpo a cuerpo que a lo largo de estas hojas se han desplegado, a través de una trabadísima, medida y preciosa poesía de Sharon Olds que habla de la compleja relación de una madre con la hija adolescente.

El posesivo

MI hija —como si ella
me perteneciera— esa muchacha de
pelo tan fino como el deshilachado cordón de un timbre

acaba de llegar del peluquero, ese afilador de navajas,
y se ha hecho un corte de pelo.

Cada trenza ahora se divide
en dos sentidos. El borde del nuevo flequillo
cae sobre los ojos castaño-rojizos
como acero ordinario.

Todas las ensambladas
cuerdecitas están cercenadas. La cortina de
oscuros papeles cortados vela el rostro que
se originó casi de la nada en mi cuerpo.

Mi cuerpo. Mi hija. Debo encontrar
otra palabra. Desde su brillante casco
me mira como a través de una
enorme lejanía. Se vislumbran fuegos
distantes en las resinosas luces de sus ojos:

son las hogueras del enemigo poco antes
de empezar la batalla.³¹

Al igual que en una trenza, tres hilos como mínimo se entrecruzan, se apoyan y se dan sentido el uno al otro en esta poesía. En primer lugar, el título —que a primera vista podría parecer que toca otro tipo de tema— ya de buenas a primeras, hace hincapié, centra y remarca, el uso de este posesivo para referirse a una hija que emerge en la primera palabra del primer verso, uso que pone de relieve la contradicción entre posesión por un lado, y autonomía, independencia, emancipación, por el otro. También en este mismo verso, la autora abre un inciso para poner de relieve explícitamente la impropiedad de este uso de la lengua en el momento de referirnos a hijas e hijos, a familiares en general.

En segundo lugar, hay una atenta descripción de la hija a partir del pelo —la parte por el todo—, este cabello despeinado y rebelde de la adolescencia que trenza, talmente como si se tratara de un deshilachado y antiguo cordón eléctrico, con la visita a la peluquería de la hija para cambiar de peinado. Destaca en esta larga descripción toda la serie de verbos y sustantivos dedicados a objetos o acciones cortantes y punzantes, muchos de ellos enseres metálicos: «afilador de navajas» y «corte», en la segunda estrofa; «acero», en la tercera; «cuerdecitas cercenadas» y «papeles cortados», en la cuarta.

Hacia el final de esta cuarta estrofa aparece también ya el tercer tema, el tránsito de la fusión total, absoluta, entre madre e hija, a la violenta y descarnada separación. Primero se presenta la unión entre el cuerpo de la madre y el de la hija, alimentado y producido este último dentro de la madre durante la gestación. Ya se ha visto que la perplejidad y extrañeza que causaba a la madre el uso del posesivo para referirse a la hija, especialmente, quizás, porque la siente separada y distante, se anunciaba y se insinuaba, como hemos visto, en el primer verso. La estrofa acaba con

³¹ Sharon OLDS. [2001] *Satán dice*. Traducción de Rosa Lentini y Ricardo Cano Gaviria. Montblanc: Igitur, 2001, págs. 95-96.

un «mi cuerpo», un único cuerpo aparentemente durante toda la etapa de la gestación.

Es el mismo sintagma con el que inicia la quinta estrofa: «Mi cuerpo» y sin solución de continuidad: «Mi hija», una contraposición abrupta y extrema, ambivalente, en el sentido de que no se sabe si funciona para identificar cuerpo e hija, o, justamente, para deslindar el uno de la otra; o las dos cosas a la vez, claro. A continuación, retoma el primer tema, el del posesivo, donde la incomodidad con este uso se vuelve ya explícita en el cuerpo del poema y no en un inciso.

Ya en el segundo verso irrumpe otro término que liga con la retahíla de palabras que se ha desgranando en las anteriores estrofas. Se trata de la palabra «casco», otro término enormemente ambivalente, dado que tanto se puede referir a la forma que han tomado los cabellos al destrenzarse, al corte de pelo, como a una protección (militar) para la cabeza; dos versos después aparece un «fuegos», que el color castaño-rojizo de los ojos de la hija en la tercera estrofa ya había insinuado levemente, todo ello reforzado en el verso siguiente por la palabra «luces». Por cierto, la palabra «fuegos» va acompañada del adjetivo «distantes» y, además, en el verso inmediatamente anterior se habla de la «lejanía» de una mirada. Estos dos términos, tan próximos entre sí, no presagian nada bueno.

En efecto, el dístico final, en una concentradísima epifanía, da cuenta y desvela esta distancia y, al mismo tiempo, este cuerpo a cuerpo metafóricamente sangriento y brutal entre madre e hija. Tres términos propios de la guerra: «hogueras», «enemigo» y «batalla», iluminan con nueva luz el fuego de palabras como «afilador de navajas», «corte», «acero» o «casco». La fusión se ha convertido en hostil separación.

Valga este conciso comentario de este importante poema como reconocimiento a todas las artistas que muestran un aspecto u otro de la

maternidad: tanto sus gozos como sus sombras, tanto la gloria como la miseria, sus derrotas y sus victorias.

Primer final: dar vida, cincelar versos

Llega la hora de ir acabando paradójicamente este tema inacabable. Quizás por esto emergen con fuerza, como mínimo, tres finales.

El primero está íntimamente ligado al inicio de una conferencia como esta que empezaba con el himno a gritos de la poeta Enkheduanna mientras daba a luz, unos gritos, a pesar de la mucha distancia temporal, perfectamente actuales hoy en día. En efecto, son exactamente los mismos que la poeta catalana Maria Àngels Anglada profiere en la siguiente fecunda composición, hermanándose así tanto con Enkheduanna como con el resto del sinfín de autoras que han cantado la maternidad, especialmente el parto. Los versos dicen así:

Ya lo sé: los poetas-padres
crean bellos poemas cuando les nace un hijo.
También para mí habría sido un gozo
cuando florecí de criaturas, cincelar versos,
pero era otra la tarea: jadeaba
para darles la vida, este largo sueño.

Uniendo así entrañablemente, inextricablemente producción —creación— y reproducción —creación. Una lección de pura poesía a ritmo de jadeos.

Segundo final: sangrar, gritar, sonreír

El segundo final tiene mucho que ver con el primero —también con Enkheduanna, lógicamente. Es un final mixto, es decir, no es solo un texto, puesto que las palabras tienen una función de acompañamiento, de ilustración, de un impresionante díptico que eleva la épica de la maternidad

a obra de arte. Veámoslo y leámoslo.



Desde el comienzo de mi embarazo soñaba con hacerme una foto unida a mi bebé por el cordón umbilical. Esto surgió en un intento de contrarrestar tantas maternidades «de película» (literal y metafóricamente hablando) que tanto el cine, la publicidad y toda la historia del arte vienen enseñándonos. Estas maternidades refuerzan el estereotipo surgido a partir de las fantasías heterosexuales masculinas en donde existe la dualidad madre/puta. Siendo todo lo relacionado a la «madre» sacralizado (maternidad con velo incluido).

Se refuerza la imagen de la mujer no como protagonista y héroe sino como alguien enfermo, fuera de control, alguien que requiere asistencia. Una vez más se toma a la mujer como objeto y el objeto no sangra.

Con estas fotos me interesaba mostrar una maternidad desde mi experiencia, en donde para parir me abro, me transformo, sangro, grito y sonrío. Sonrío porque el dolor me acerca a mi hija, sonrío porque el dolor me demuestra lo fuerte que soy, sonrío porque soy protagonista, sonrío porque soy héroe.



El nacimiento de mi hija

Refutando la idea de fragilidad culturalmente aprendida, me interesa mostrarme en control de mi experiencia. Estoy de pie, con la placenta aún dentro mío, con mi bebé unida a mí por el cordón y hago lo que me da la gana, decido cuando detenerme, hacer la foto y mostrarme.

A un nivel más histórico me interesa levantar el «velo».

Mostrar una maternidad menos virginal. Una maternidad vista desde el arquetipo de la mujer-primal, la mujer-bestia que no tiene NADA prohibido.

Una maternidad no desde los ojos de Eva (el castigo divino de «parirás con el dolor de tu cuerpo») sino vista a través de los ojos de Lucy (la primer humanoide).

En los últimos 100 años casi no se han planteado maternidades en la historia del Arte. Luego de que el movimiento feminista consiguiera que la mujer pudiera ser vista en otros roles, mostrar una maternidad *podía* entenderse como un retroceso en el camino recorrido.

A pesar de que en todo un siglo artistas de ambos sexos se han planteado temas basados en lo escatológico, lo abyecto, la sexualidad y los tabúes, el parto sigue siendo un misterio.³²

Texto ejemplar. Es interesante ver que por dos veces utiliza la palabra «héroe», así, en masculino, quizás lo percibe como un término más heroico y esforzado que la forma femenina (de hecho, es muy curiosa a lo largo de

³² Ana ALVAREZ-ERRECALDE. «El nacimiento de mi hija». Autorretrato en díptico impreso en canvas. Medidas 180 cm x 70 cm. Ana Alvarez-Errecalde. Barcelona, 2005. *Culturas*, núm. 268, de *La Vanguardia* (8 de agosto de 2007), págs. 12-13.

todo este texto la utilización de femeninos y masculinos). En todo caso, unos cuantos años antes, la escritora Alicia Ostriker en el capítulo «Una suposición atrevida: maternidad y poesía» de una obra suya, se vio a sí misma también como una heroína.

En la última fase del parto me sentí como un héroe, un atleta olímpico, una figura salida de Píndaro, a la que el estadio entero debería vitorear agitando guirnaldas.³³

La traductora del artículo también ha preferido el masculino, no es de extrañar porque la utiliza asimismo para una forma como «un atleta olímpico», aunque la razón de estas dos elecciones ya es menos justificable. De hecho, causaría perplejidad, si no alarma, en cualquier libro en general, pero en uno como el que hoy nos ocupa causa una cierta desazón e inquietud.

Tercer y último, por fin, final: el mosaico a medias enterrado que tiene forma de rostro de mujer

Creo que es no solo de justicia sino también imprescindible acabar con el final del epílogo de *Nacemos de mujer* de Adrienne Rich, con quien creo que todas las mujeres tenemos una deuda afortunadamente impagable. Es un final breve, dice así:

La recuperación de nuestros cuerpos por las mujeres posibilitará cambios más esenciales en la sociedad humana que la toma de los medios de producción por los obreros. El cuerpo de la mujer ha sido máquina y territorio, desierto virgen para explotar y cadena de montaje que produce vida. Necesitamos imaginar un mundo en el cual cada mujer sea el genio que presida su propio cuerpo. En un mundo semejante, las mujeres crearán de verdad la nueva vida, dando a luz no sólo niños

³³ El fragmento es del capítulo «A Wild Surmise: Motherhood and Poetry» del libro de Alicia OSTRIKER, *Writing Like a Woman* (The University of Michigan Press, 1983). Lo cito a partir de la traducción, «Una suposición atrevida: maternidad y poesía», en Moyra DAVEY. *Maternidad y creación. Lecturas esenciales*, pág. 164.

(según nuestra elección), sino visiones y pensamientos imprescindibles para apoyar, consolar y transformar la existencia humana: en suma, una nueva relación con el universo. La sexualidad, la política, la inteligencia, el poder, el trabajo, la comunidad y la intimidad cobrarán significados nuevos, y el pensamiento mismo se transformará.

Por aquí debemos comenzar.³⁴

Por mi parte, con este principio, acabo.

³⁴ Adrienne RICH. *Op. cit.*, pág. 279.